

inaceptable á juicio del Sr. Cano, en la situación tan crítica y amenazante que había tomado la cuestión de la guerra americana. Don Juan Cano deseaba concluir rápidamente su misión, é ir á tomar su puesto en las filas del ejército, y así no dejó de contrariarse de esta insinuación de nuevas proposiciones, cuyo resultado de dar largas al negocio creía traslucir. Sin embargo, en una nueva conferencia formuló proposiciones, que el Gobernador Barbachano rechazó de plano, alegando que algunas eran contrarias á los tratados de 1843, que reconocían exenciones y privilegios especiales á Yucatán. Entonces Juan Cano dió por concluida su misión. Los hombres públicos de Yucatán se empeñaron en aquellos momentos en apocar la cuestión, reduciéndola á mera defensa de intereses locales, cuando bien se veía cernerse sobre todos éstos, dominándolos con entera supremacía, el soberano interés de la defensa de la patria. Juan Cano tuvo el don de percibir, con claridad indeficiente ese supremo interés, y de colocarse decididamente de su lado. No quiso detenerse ni un minuto más en Yucatán, se impacientaba por ir á rendir el tributo de su sangre á la defensa nacional, y así tan pronto como se celebró la última conferencia, dió el beso de despedida á sus venerables ancianos padres, y se embarcó en Sisal con dirección á México. ¡Quizás aquellos corazones al palpitar unidos en esa despedida, presintieron que era el adiós de la final separación! Llegó á la capital en momentos bien luctuosos por cierto. Una nueva revolución se tramaba para derrocar al gobierno establecido. Esta vez igualmente, su conducta buscó

inspiraciones en el honor y la lealtad. Cuando el 3 de Agosto de 1846, el General Salas se pronunció en la ciudadela con la fuerza lista á salir á batir á los americanos, Cano, á pesar del aislamiento en que estaba el Presidente Paredes, acudió á su lado, y en compañía suya salió de México el día cuatro, con el ánimo de alcanzar á las tropas salidas pocos días antes, ponerse al frente de ellas y volver á México á sofocar la revolución. Su plan fracasó, porque sorprendidos en el trayecto por el General rebelde Avalos, fueron hechos prisioneros, llevados á México y encerrados en la cárcel de la ciudadela. Desde su prisión vió Juan Cano el último desarrollo de la revolución que tuvo por objeto restaurar á Santa-Ana, cubierto bajo el manto de la constitución federal de 1824.

VIII.

Entretanto la guerra contra México, que los más ilustres pensadores americanos han calificado de injusta, (1) se había declarado y se continuaba imperturbable-

(1) Leemos en las Memorias del General U. S. Grant lo siguiente: «Generalmente los oficiales del ejército fueron indiferentes á que la anexión (de Texas) se consumase ó nó; pero no todos. En cuanto á mí, me opuse amargamente á la medida, y hasta hoy considero la guerra, que resultó de ella, como una de las más injustas que alguna vez se hubiese hecho por una nación fuerte contra otra más débil. Fué un comprobante de una República siguiendo el mal ejemplo de monarquías europeas, que cuando desean aumentar su territorio no toman en consideración la justicia . . . La ocupación, separación y

mente por el gobierno de Washington, gozoso cada hora de ver que nuestras contiendas intestinas, le allanaban los obstáculos que creyó encontrar en sus propósitos de expansión territorial. La anexión de Texas, solicitada por el gobierno americano, se había llevado á cabo, no obstante las protestas del gobierno de México, que por evitar la guerra se inclinó un momento hasta reconocer la independencia de su antiguo Estado, creyendo que con el levantamiento de una nueva nación intermediaria, pondría un valladar á las ambiciones norte-americanas. La revolución de Paredes sirvió de pretexto al gobierno norte-americano, para realizar más rápidamente sus planes. Reforzó su escuadra, dió orden de avanzar sobre el Bravo, ordenó el alistamiento de voluntarios, y el 6 de Marzo de 1846, cuando todavía se cruzaban comunicaciones entre ambos gobiernos contendientes, el General Norte-Americano Taylor

anexión fueron, desde el principio del movimiento hasta su final consumación, una conspiración para adquirir territorio con qué poder formar Estados esclavistas para la Unión Americana. Y aunque la anexión pudiera justificarse, la manera con que la guerra subsecuente fué llevada contra México, no puede serlo

. . . El ejército no se paró en Nueces, ni ofreció negociar un arreglo sobre la cuestión de límites, sino que fué adelante aparentemente para obligar á México á iniciar la guerra. . . La rebelión del Sur, fué ampliamente la consecuencia de la guerra con México. Las Naciones, como los individuos, son castigadas por sus pecados. Nosotros tuvimos nuestro castigo en la más sanguinaria y costosa guerra de los tiempos modernos. Personal Memoirs of U. S. Grant. Vol I., p. 53 á 56.

ocupaba Corpus Cristi y avanzaba á Brazo de Santiago con objeto de atacar Matamoros. El territorio mexicano estaba invadido y la guerra había empezado.

El ministro Tornel en carta dirigida al General Arista, Comandante en Jefe del ejército mexicano en la frontera, decía haciendo un juego de palabras con el nombre del General Taylor, Comandante en Jefe del ejército americano: "Pase Ud. el Bravo y arroje de allí á ese *sastre* (taylor en inglés significa *sastre*) cuya presencia en esos lugares es un insulto á la patria." Obedeció Arista, pasó el Bravo, combatió bizarramente junto al fuerte Brouun, se batió con valentía en Palo Alto y fué derrotado en la Resaca de Guerrero, por un enemigo que recibió refuerzos sobrados á debelar á nuestro pequeño ejército (tres mil hombres), no sin que éste hubiese dado pruebas de un valor superior á todo elogio. Allí cayó prisionero el General Don Rómulo Díaz de la Vega, cuya nobleza y serena intrepidez admiraron los enemigos que no pudieron tomar la batería que valientemente defendió, sino después de la famosa carga de caballería dada por el General May, y en la que perdió la mitad de su destacamento.

Durante esta nefaria y memorable guerra, Juan Cano que aún estaba en la época de los nobles ardores de la vida, supo mantener en su alma el aliento patriótico, sostenido por un grande y bello carácter, hasta sacrificar con pleno conocimiento y conciencia su bienestar, su porvenir, su existencia misma. De la prisión inmotivada á que se le redujo por cortejar con fidelidad la desgracia, salió para continuar prestando servicios

bien sólidos y provechosos, ingresando como antes al cuerpo de ingenieros, en el cual durante la guerra desempeñó un papel importantísimo en compañía del Coronel Robles.

Después de la desocupación de Monterrey y de la triste batalla de Angostura, otro poderoso ejército invasor al mando del General Scott, desembarcó en Antón Lizardo. Santa-Ana, que era entonces ya General en Jefe del ejército mexicano, comprendió la necesidad de cerrarle el paso á la capital y defenderse en las montañas existentes entre la costa y la mesa central. Escogió como punto de resistencia adecuado para empeñar batalla, el árido cerro del Telégrafo ó Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa y veinte y tres ó veinte y cuatro de Veracruz. Juan Cano, como Teniente Coronel de ingenieros, manifestó que la posición escogida por Santa-Ana era buena, pero que era indispensable fortificar y cuidar los flancos, por donde el enemigo podía penetrar, y penetrando, voltear la posición con la consiguiente derrota del ejército mexicano y con grave riesgo de nuestra capital, cuyo camino quedaría despejado á los americanos después de una victoria tan trascendental. El Comandante Robles fué más lejos que Cano. En su opinión, el punto bueno para molestar á los invasores no lo era para presentar batalla y mucho menos para alcanzar una victoria decisiva. Eran preferibles, á su juicio, las lomas de Corral Falso, en donde nuestra caballería, superior á la del enemigo, podría maniobrar con éxito. Santa-Ana, con esa ligereza presuntuosa, que era su defecto capital, no quiso tomar en

consideración las juiciosas observaciones de Robles y Cano, y aceptando lisamente el sentir vulgar de que por el Este y por el Norte el Cerro Gordo era inaccesible, descuidó sus flancos que, atravesados por profundos barrancos, decía burlescamente no podían ser transitados ni aun por cabras. El resultado funesto de su insistencia, hizo bien pronto justicia de sus burlas y de la sagaz previsión de Robles y de Cano.

Reconoció Scott las posiciones mexicanas, y Juan Cano, que desde el Cerro del Telégrafo seguía con ojo inteligente y porfiado los movimientos del enemigo, se convenció de que el plan de Scott era llamar la atención por el frente, ocupar el flanco izquierdo del Cerro del Telégrafo y envolver nuestra posición completamente. Comunicó sus temores al bravo General D. Ciriaco Vásquez, que mandaba el fuerte, y convencido éste de los justísimos recelos de Cano, lo envió en persona á persuadir á Santa-Ana, la necesidad premiosa é indefectible de ocupar, fortificar y defender el flanco amenazado. Santa-Ana acogió con chanzonetas los temores de Cano, persistió en creer que las únicas vías posibles del avance americano eran las que había previsto y fortificado, y esperó con impasibilidad el ataque del enemigo. No tardó este en verificarse; los americanos se dirigieron á flanquear las posiciones mexicanas, y descubiertos en su intento, se trabó la batalla en la falda del cerro por su frente é izquierda. Después de cuatro horas de encarnizada lucha y de vigorosos esfuerzos para rechazarlos, desistieron de tomar ese día el Cerro Gordo, pero desgraciadamente se apoderaron de una eminencia

próxima á Cerro Gordo, denominada Atalaya, de la cual hicieron su base de operaciones para el día siguiente. Entonces fué cuando Santa-Ana comprendió su error y el grave peligro de su ejército, ante la aparición de los invasores á la espalda de nuestras posiciones. Quiso reparar su equivocación, pero era demasiado tarde. Bajo la dirección de Juan Cano y de Robles, se trabajó toda la noche en los atrincheramientos y fortificaciones, y todavía al amanecer del día 18, Robles y Cano levantaban parapetos en la falda de Cerro Gordo, y continuaron en su trabajo aun bajo el fuego del enemigo. Desde el Cerro de la Atalaya, empezaron los invasores á disparar sus piezas de grueso calibre y su batería de obuses de montaña, y se desprendieron sus columnas para asaltar el Cerro Gordo, bajo el fuego vivísimo de metralla y fusilería de las fuerzas mexicanas que ocupaban la cima y la pendiente del Cerro, y después de varias peripecias, peleando á veces á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, ocuparon la cumbre del Cerro Gordo, derribaron nuestra bandera, enarbolaron la suya y quedaron dueños del campo, á consecuencia de la desgraciada muerte del General Ciriaco Vásquez, que cayó gloriosamente en el fuerte que defendía, y cuya muerte no pudo menos que debilitar la defensa. Al retirarse Cano de aquel campo de carnicería, en que bajo el fuego del enemigo estuvo trabajando hasta el último momento como ingeniero, tropezó con uno de los oficiales admiradores de Santa-Ana, y en un momento de amarga indignación, profirió Cano estas palabras que sintetizan su juicio sobre la batalla de Cerro Gordo: «Triste es ser

vencido por la estupidez de un General presuntuoso é ignorante.»

Dos días después, los restos de aquel ejército de ocho mil hombres, reducido á menos de dos mil, llegaron á Orizaba. Habían sufrido un descalabro; pero se habían batido bizarramente, y, como dice un historiador, habían defendido palmo á palmo el Cerro Gordo y no lo habían abandonado sino saltando sobre cadáveres y empujados por la masa irresistible de sus contrarios.

IX.

Aprovechando los americanos su victoria, ocuparon á Jalapa y poco después á Perote y Puebla. Santa-Ana, que con los restos de Cerro Gordo y otros refuerzos había conseguido formar un nuevo ejército de cuatro mil hombres, se retiró á México, á donde llegó el 19 de Mayo de 1847. Al día siguiente celebró una junta de guerra, para tratar la cuestión de que si se defendería ó nó la capital. Estuvo en ella Juan Cano y fué de opinión de sostener la resistencia sin cuartel y seguir luchando hasta el último trance. Decidida la defensa de la capital, el General en jefe desarrolló su plan, que fué establecer tres líneas de defensa: una, apoyada en varias alturas á tres leguas de la capital y en un punto llamado El Peñón; la segunda, más inmediata á la capital, y la tercera en la capital misma. Los ingenieros Cano y Robles, como Jefes del cuerpo, fueron comisionados para dirigir las fortificaciones. Cano hizo un estudio profundo del Valle de México, lo delineó todo y lo escrudiñó sólida y científicamente. Se encargó espe-